

EN DEFENSA DE LA CIUDAD PROFANA

LA Ciudad secular y lo que esta idea entraña —expuesta por mí en un artículo publicado hace unas semanas—, es tema de plena actualidad. El libro de Harvey Cox, de ese mismo nombre, recién traducido al castellano, viene todavía a hacerla más palpitante.

Algunos —seglares o eclesiásticos— creen que las ideas que expuse en aquel artículo desorientan; otros, piensan que bordean el abismo del error. Y hay también quienes creen que más valdría no hablar de ellas.

Pero es inútil; en el mundo actual, querer callar, u ocultar las cosas, ya no es posible. Todo se difunde, queramos o no queramos.

Por eso vuelvo al tema, y de todas las observaciones, ditirámicas o críticas, escuchadas desde entonces, retendré una que me llegó del mundo religiosamente conservador. Es la de un religioso que, juzgando lo que escribo, afirma: «bien es verdad que él no inventa, sino que recoge lo que va espigando por el campo de sus lecturas transpirenaicas».

No sé si esa frase quiso ser de alabanza, o de lo contrario; pero lo que sí resulta cierto es que —en lo que digo y escribo— me siento en comunión con muy buenos pensadores católicos, preferentemente ultrapirenaicos, porque aquí todavía cuesta trabajo respirar los mismos aires que se perciben en el resto del mundo católico posconciliar.

Y para que todo el mundo lo vea así, intentaré mostrar a mis lectores, que aquellas «escandalosas» ideas que expuse, ni son tan escandalosas —fuera de nuestras tierras—, ni tienen nada de «no-católicas».

En la Iglesia —lo recordó Pablo VI cuando pronunció su famoso discurso al Congreso de Teología— hay expresiones y explicaciones muy distintas de una misma verdad: la del Evangelio. Y lo que nadie pueda pretender —porque la Iglesia lo prohíbe— es que tengamos necesariamente que seguir a unos teólogos más que a otros, si no nos convencen. Pío XII, dirigiéndose a la Universidad Gregoriana, lo dijo bien claramente. En materia social —afirmó—, o en materia teológica, «no hay que confundir la doctrina de la Iglesia con las diversas opiniones propias de cada escuela» (1).

Yo me siento unido a K. Rahner, S. J., X. Arnold, M. D. Chenu, O. P., Y. Congar, O. P. y E. Schillebeeckx, O. P. —teólogos católicos y peritos conciliares cuatro de ellos— con el mismo derecho que otros inspiran en diversa manera de enfocar los problemas teológicos. Y sé que nadie, en nombre de la Iglesia, me puede hacer preferir una explicación más que otra: porque tendré que ser mi propia reflexión quien me incline por una postura o por la contraria. La razón de ello es que todas son escuelas de pensar, perfectamente católicas, y sin que ninguna tenga privilegio alguno autoritativo sobre las demás.

Hemos de comprender los católicos que nuestro mundo es cierto que se seculariza, se desaceraliza. Cuatro teólogos, entre otros, lo afirman claramente, y lo aceptan sin temor: Pzywara, S. J., M. D. Chenu, O. P., K. Rahner, S. J., y E. Schillebeeckx, O. P.

Este último describe así este proceso de secularización en *Approches Theologiques* II:

«Dios no es uno de los elementos del que las Ciencias exactas tuvieran que ocuparse: se manifiesta en otro plano. El hombre secular es el que, para dar sentido a su existencia en el seno del mundo, no tiene necesidad de Dios, como si Dios fuera un elemento más a añadir a los otros factores que hay en el mundo, y sin el cual su visión del mundo y del hombre quedaría inacabada. Sé que "secularidad" significa, a veces, otra cosa; pero tomemos el término en este sentido de Robinson; ya que, como cristianos podemos aceptar esta "secularidad"».

Y en el tomo III de esta obra afirma también sin miedo:

«La secularización —o sea, el paso de una naturaleza divinizada a una naturaleza humanizada— no es necesariamente un mal... Al contrario, es una consecuencia intrínseca del yavismo (hebreo) y del cristianismo... Israel no consideraba el sol, la

luna y las estrellas como fenómenos numinosos y divinos, sino como simples luminarias al servicio del día y de la noche. Pero esta desaceralización primitiva, no hará manifiestas todas sus consecuencias, nada más que a través del curso de la historia».

El Padre Chenu —el maestro de toda aceptación del mundo actual— dice por su parte algo muy parecido:

«Una civilización nueva (existe), en la que el hombre —a causa del descubrimiento científico de las fuerzas de la naturaleza, y por su acción técnica sobre sus energías—, no se encuentra captado por el misterio de las fuerzas de esta naturaleza, que antes le forzaban a recurrir al imponente poder de la Divinidad. Ahora que las conoce, y descubre sus causas, y que las usa para construir un universo en el que su espíritu quede encarnado, desaceraliza la naturaleza, convirtiéndola en dominio suyo» (2).

Hagamos un alto en el camino, y veamos lo que el teólogo H. Vorgrimler, dice de su maestro: «Karl Rahner (que) pide a los cristianos de hoy que acepten tranquilamente el desarrollo inaudito que ha adquirido en nuestros días la vida profana». Y llega a afirmar Rahner que es una cosa buena que haya hoy más libros profanos que religiosos, porque así muchos hombres apartados de la religión, «tomarán conciencia por medio de libros totalmente profanos del misterio de su existencia» (3). Porque —piensa él— en este misterio encuentra el hombre oscura, pero realmente, a Dios, al único Dios que es real y late en el fondo de todo hombre de buena voluntad.

Congar, el veterano Congar, por su parte, tiene como leit-motiv de sus recientes trabajos el tema de la «desaceralización» del mundo, y hasta de la Iglesia: «nos dirigimos —dice— hacia una muy necesaria desaceralización de nuestra noción de Iglesia», afirmaba en el Sínodo diocesano de Chile (4).

ALGUNOS se extrañarán quizá de estas expresiones porque tanto Pío XII, como el Concilio y Pablo VI parecen haber hablado de distinta manera. Y, sin embargo, esta reacción se produce por un falso espejismo.

Cuando Pío XII —o el Concilio, recogiendo su expresión— hablan de «consagración del mundo», no emplean la palabra «sagrado» en su estricto significado. Porque «la consagración... retira una cosa de su uso corriente... para reservarla para la divinidad... (Y) es, pues, sustraer una realidad de su finalidad inmediata» (5). Pero «la (expresión) consagración del mundo debe entenderse de manera que no implique una sacralización del mundo» (idem), sino un desarrollo del mismo con total respeto a su legítima autonomía, proclamada ya en el siglo pasado por el VATICANO I. «El ideal de una cultura y de una sociedad, meramente laica, que se va imponiendo en nuestra época actual, ha sido anticipadamente sancionado por la autoridad infalible del Concilio VATICANO» (6). «La tarea decisiva de la Iglesia no consiste en la fácil tarea de hacer "maquetas cristianas" en el mundo... no tiene ninguna maqueta cristiana que ofrecer» (7). No debe, como dice el Concilio, sino ser fermento de todo.

El que quiera verlo con la misma claridad con que ha visto esta distinción, el P. Chenu, O. P., le basta leer el discurso de Pío XII al II Congreso Mundial de Apostolado Seglar en 1957, o lo que dice el VATICANO II en su Constitución sobre la Iglesia en el Mundo contemporáneo. El hombre vive «la justa autonomía de la realidad terrena», porque esto «quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir» (8).

Nosotros los cristianos lo que tenemos que hacer no es separar lo mundano de su uso, ni artificiosamente atarlo a la Iglesia, porque «la Iglesia del siglo XX no debe tomar las riendas de las civilizaciones... No debe construir a sus expensas, y según sus iniciativas, un mundo cristiano, sino cristianizar el mundo, tal como es construido por los hombres» (9).



«La verdadera ciencia ha desmitificado y desacralizado los fenómenos de la naturaleza, ha contribuido a purificar la fe de sus escorias, de ciertas supersticiones y de ciertos complejos de temor y de inseguridad» (Pablo VI).

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Nosotros tenemos —estrictamente hablando— la misión de santificar el mundo de los hombres, y no de sacralizarlo (en el sentido riguroso de la palabra). Porque el término «santidad» significa el desarrollo respetuoso de todo lo que es propio del hombre; es la cooperación a la acción íntima, en el corazón humano, del amor, que es don divino. Por eso «consagración del mundo es santificación de los hombres», y no «estructurar el mundo, con todas sus obras... clericalmente institucionalizadas» (10).

«Lo profano y lo temporal permanecen profano y temporal; no están —verdaderamente— sacralizados, sino santificados» (11); porque nadie puede en la Iglesia mediatizarlos, sino fomentar que los hombres los desarrollen por sí mismos.

Pío XII había dicho en su tiempo —con su aguda perspicacia— en uno de sus discursos, algo muy profundo y muy exacto. «Las actividades humanas exteiores» como «las ciencias, la política, el arte..., la economía», se dice hoy «que les corresponde la autonomía»; y el Papa asegura que «no se pueden negar tales autonomías, en cuanto significan el método propio de cada actividad...; pero la independencia del método no puede significar que el hombre científico o el artista o el político se hallen libres de preocupaciones morales en su actividad». Las cosas de la civilización o de la cultura son construidas por «sus propios métodos, leyes, finalidades y principios» (Concilio Vaticano I) sin más sugerencia de nadie; pero, al manejarlas, el hombre les da un sentido, un valor para que sean humanas, y se vuelvan eficaces para poder vivir los hombres; y, por eso, porque las clasifica y ordena según la escala de valores que las hace realmente humanas y desarrolladoras de lo humano, somos morales (12).

Y Pablo VI dice, por su parte, que lo temporal y lo eclesial han reivindicado «su recíproca autonomía y sus modos propios de actuar y de pensar»; y, para el sejar católico, «la solución de un posible conflicto no puede consistir en suprimir uno de los dos términos en juego», porque precisamente cuando se da el problema, no puede olvidarse el sejar que es hombre de este mundo, «y este conflicto no se puede resolver sino por vosotros mismos» en una «síntesis genial» y armónica. Nosotros —no nos olvidemos nunca— actuamos en el mundo profano desde dentro, como directos participantes en su composición y en su experiencia» (13).

El hombre recibe dinámicamente la acción del espíritu divino, que es el amor —según creemos los creyentes—, en su corazón; pero no actúa Dios como un poder avasallador y dominante sobre el mundo de lo terreno, sino que lo respeta totalmente en su propia dinámica.

HAY que reconocer —por otro lado—, como ideas complementarias, que el cristianismo no es un humanismo más entre otros; sino que el cristianismo es humano, radicalmente humano. Y por eso acepta todo verdadero humanismo.

No hay tampoco dos campos reales separados, el de lo natural y lo sobrenatural. No hay una cosa humana y otra divina, totalmente apartadas la una de la otra. Porque —si esa abstracción dicotómica siempre podría hacerse en teoría—, no hay más hombre concreto que el hombre histórico. El hombre de carne y hueso que vive entre los humanos, con sus zozobras y quehaceres: que alienta en su interior —aún sin saberlo— la acción divina del amor, si es que vive noblemente, si es un hombre de buena voluntad.

No es esto caer —como algunos creyentes piensan— en un falso naturalismo, sin atención a lo divino. Es poner lo divino en donde está: en la existencia profunda de todo hombre de buena voluntad. «No vemos nosotros a los no-cristianos como a los que, siendo más tontos o de voluntad malvada, o simplemente más desgraciados, han tomado el error por la verdad; sino... como, en el fondo de su esencia, ya dotados de gracia, o que pueden estarlo...: son los que todavía no han llegado a la conciencia refleja de lo que ya son» (14). Existencialmente ya son realmente, lo que conceptualmente no pueden aceptar; quizá porque nosotros se lo presentemos de manera inaceptable para un hombre razonable y consciente.

Eso es lo que vemos en Camus —según los últimos estudios de Moeller, el subsecretario del antiguo Santo Oficio—. Los primeros trabajos de aquel excelente pensador y literato eran negativos, pero sinceros, porque defendían una esperanza desesperada (El Extranjero, Calígula, El mito de Sísifo); el segundo elenco era más positivo, porque propugnaba una religión de la felicidad humana (La Peste, Los Justos, El hombre rebelde); y el tercer grupo (con El Primer Hombre, el Doctor Juan y El Mito de Nemesis) estaría consagrado al amor, a un amor absoluto que pretende perpetuarse eternamente. Por eso proclama Camus —en esta tercera fase de su vida— que existe «un misterio en el hombre y que siente una emoción ante Cristo y sus enseñanzas», que le revela —a nuestros ojos de creyentes— como un cristiano anónimo (15).

«El cristiano no es otra cosa que la traducción clara de la experiencia confusa que presenta al hombre su existencia concreta. Pero, en la ordenación que rige de hecho nuestra existencia, ésta se desarrolla sobre un plano superior al de la simple naturaleza espiritual: el del espíritu que es iluminado, dentro de él mismo, por la gracia gratuita de Dios. Y de ahí se sigue que la aceptación real e integral de sí mismo significa la aceptación, incluso implícita y sin formular, de esta luz, y esto es lo que es la actitud de la fe. Dicho de otro modo: el cristianismo es una toma de conciencia, decidida y absolutamente optimista, del misterio del hombre» (16). Es por eso el cristianismo humanismo integral, como recuerda Pablo VI en la POPULORUM PROGRESSIO.

De estas afirmaciones podríamos deducir toda la teoría rahneriana de los cristianos anónimos; que son mejores cristianos que los explícitos, si no viven éstos el compromiso que exige su fe ante la injusticia humana. Esos cristianos anónimos son los que obran «en el mundo, el derecho, la equidad, el amor, la fidelidad, la valentía que esperan de la vida, y son fuertes ante la muerte» porque en ellos vive —sin saberlo— la gracia, el don de amor de Cristo (17).

LA Ciudad secular, únicamente profana, es ya —según estos teólogos— anuncio y campo propio para la acción de una realidad más honda, que no está en las etiquetas ni en las banderas, ni tampoco en los baluartes o en las clasificaciones sólo de nombre; sino en la última realidad, manifestada en la existencia humana auténtica. Allí, y sólo allí, está el Dios-Amor del cristianismo. El único Dios que existe; y no el de nuestras figuras y descripciones aunque seamos teólogos.

Por eso hemos de reconocer que «la verdadera ciencia —como dijo Pablo VI— ha desmitificado y desacralizado los fenómenos de la naturaleza, ha contribuido a purificar la fe de sus escorias, de ciertas supersticiones y de ciertos complejos de temor y de inseguridad» (18).

- (1) 17 de octubre de 1953.
- (2) «Peuple de Dieu dans le monde».
- (3) «Mission et Grâce», tomo III.
- (4) «La Croix», 8 de octubre de 1967.
- (5) M. D. Chenu, O. P. «La Iglesia del VATICANO II», tomo II.
- (6) E. Przywara, S. J. «Criterios Católicos».
- (7) K. Rahner, S. J. «Mission et Grâce», tomo III.
- (8) G. et S. n.º 36 (Documentos Conciliares).
- (9) M. D. Chenu, O. P.
- (10) M. D. Chenu, O. P.
- (11) E. Schillebeeckx, «La Iglesia y el Mundo».
- (12) 23 de marzo de 1952.
- (13) Discurso a los Graduados católicos, enero 1964.
- (14) Escritos de Teología, tomo V. K. Rahner, S. J.
- (15) Mons. Charles Moeller, CONVIVIUM. «¿En qué punto de su evolución está A. Camus?» (escrito antes de morir Camus).
- (16) «Est-il possible aujourd'hui de croire?», K. Rahner.
- (17) «Mission et Grâce», tomo III.
- (18) Citado por M. D. Chenu, O. P. «Peuple de Dieu dans le monde».